
CAPITULO XV.

De cómo D. Pero Nuñez de Lara perdonado al fin por el Cid, se encontró de improviso con dificultades aun cuando iba á buscar á su mujer.

Pasáronse dos ó tres meses.

Desesperábase Giazul, porque por más que incitaba á Abdel, éste no la daba noticias de su D. Pero Nuñez de Lara.

Habia averiguado Abdel lo del casamiento de D. Pero Nuñez con una doncella de la servidumbre de la reina cristiana.

Pero no se habia atrevido á dar aquella mala noticia á Giazul y se escusaba con ella, diciéndola que por hallarse D. Pero Nuñez de Lara

en córrerías por las tierras de Madrid, á él no podia acercarse.

Acrecian la desesperacion y el amor de Giazul, y así pasaba el tiempo, hasta que un dia se le antojó al terrible alcaide de los escuderos del Cid, Pero Cantueso de la Redondela, padre de doña Elvira, acometer la Puebla de Alfagor y tomarla para el rey D. Alfonso.

Ya se ha dicho lo que aconteció, cómo Pero Cantueso de la Redondela tomó la villa y luego el barrio de la mezquita, y de cómo entre el horror y la sangre hallóse con Giazul, y enamoróse de ella, hasta volverse loco, y la creyó muerta, y persiguió á Abdel hasta el brocal de aquel pozo por donde con el hermosísimo cuerpo, que él creia difunto, de la mora, se habia hundido.

Sabemos tambien que aquel pozo comunicaba por unos pasajes subterráneos, con el castillo de Alfagor, á cuya cámara de honor daba una puerta secreta.

Se dijo asimismo que Abdel habia curado á Giazul, y vuéltola á la vida tan maravillosamente, que resurreccion podia llamarse la cura.

Allí habia tenido oculta á Giazul Abdel, sirviéndola y engañándola respecto á D. Pero Nuñez, al que decia veia y del cual traia mensajes

á la desdichada, que con estas falsas noticias se consolaba y esperaba el día en que su muy amado cristiano fuese á sacarla de su escondite.

Habíase entretanto ganado toda la tierra de Madrid.

El ejército había cargado sobre Toledo, y en no muchos días le había rendido, saliendo con su mísero rey de Toledo para Sevilla, todos los que no quisieron quedarse en la imperial Toledo bajo el yugo cristiano.

Salváronse muchos cautivos, y encontróse uno entre ellos viejo ya y ciego por haberle quemado los ojos y con la lengua mutilada y cortadas las manos, en la mayor miseria y desgracia en que una desventurada criatura de Dios puede verse.

Tomáronse, de los carceleros moros que en Toledo habían quedado, lenguas acerca de aquel infeliz, y sacóse en claro que era el padre de una hermosísima doncella que había sido la causante de aquellas locas aventuras de D. Pero Nuñez de Lara y que en la Puebla de Alfagor había muerto.

Pero se aseguraba que cazadores campesinos la habían visto alguna noche á la luz de la luna en el valle que se extendía entre la Puebla de Alfagor y el castillo.

Y aún había quien aseguraba haberla visto vagando en las altas horas de la noche con el negro jorobado que siempre la acompañaba, vagando otras al pié de los muros del castillo, por todo lo cual empezaba á llamar las gentes de la comarca al castillo y á la villa, la Puebla y el castillo de la Mujer Muerta.

El Cid no era hombre que en gran manera creyese en estas apariciones, sin que por eso dejase de ser un fiel creyente, cristiano, católico y apóstolico, aunque no muy romano, porque sabido es que tuvo algunas ágrías diferencias con el papa.

Preguntó el Cid á algunos varones eclesiásticos de reconocida virtud y ciencia si creían ellos era posible que una mora muerta en la entrada y toma de la Puebla de Alfagor podía andar como alma en pena, ya por los vericuetos, ya por las estrechas callejas de la Puebla, ya en fin, en torno de los muros del castillo, ó si más bien era que no había muerto, y escondida en algún lugar de la montaña, salía con su acompañante las noches de luna y más especialmente las de tempestad.

Dijeron aquellos doctos varones, que todo era posible, que bien podía ser que aquellos dos que

se veian fuesen dos almas en pena, ó tal vez personas vivientes en carne y hueso.

Quería el Cid salir de la duda, porque reconocido el mutilado D. Sancho Gutierrez de Tordesillas, tal era su nobleza y tales los servicios que á Dios y á la pátria habia hecho ántes de caer cautivo en poder de los moros, que el Cid queria ver si podia volverle aquella su triste hija, porque acontecia que aunque el desdichado D. Sancho Gutierrez de Tordesillas no veia ni hablaba, oia lo que se le decia y lo entendia, y por señas y con los muñones de sus mutilados brazos daba á entender lo que sentia, y con sonidos inarticulados mostraba ó su esperanza ó su despecho, moviendo á todos á gran compasion su miseria.

Expidió el Cid adalides prácticos en la tierra que ya estaba segura por haber sido conquistada, á fin de que acechasen á aquellas dos fantasmas ó personas de cuya aparicion hablaban los campesinos.

No pasados muchos dias despues de haber llegado á aquellos lugares los exploradores, volvieron diciendo que, en efecto, habian visto al negro jorobado y á la hermosa doncella vestida de blanco, y que para ellos no eran almas del otro mundo, sino personas vivientes y muy vivientes.

Mandó el Cid se diese caza al negro y á la hermosa doncella.

Pero la primera vez que esto aconteció, Abdel Zinka mató á dos de los cazadores, cargó con Giazul, escapó con ella y desapareció por el pozo.

Envió el Cid gente.

Se reconoció el pozo, pero no más que hasta cierto punto, porque los suspiros que de su fondo salian aterraban de tal manera á aquellos á quienes se descolgaba, que pedian á voces se les sacase, y aún alguno hubo que á impulsos del terror quedó muerto.

Desistióse, pues, de sondear aquel pozo, al que se tuvo por una boca del infierno, y al que empezó á llamar la gente de la comarca El Pozo de los Suspiros, y á cobrarle miedo de tal manera, que de dia no pasaban á alguna distancia de él sin santiguarse, y de noche no habia persona que se atreviese á pasar por aquellos lugares por alentada que fuese.

Y seguía hablando de las apariciones en la Puebla, en el valle y alrededor del castillo, y de tal manera, que ya nadie los llamaba sino la Puebla y el castillo de la Mujer Muerta, nombre que aún conservan hoy, como conserva el

suyo El Pozo de los Suspiros, sobre el cual este libre se ha escrito.

Loco andaba por el castillo Pero Cantueso de la Redondela, el feroz alcaide de los escuderos del Cid, á quien en propiedad para sí y para sus descendientes la tenencia del castillo se habia dado.

Y no amenguaba su amor por la hermosísima doncella muerta.

No pasaba noche sin que á los adarves se asomase ó fuera del castillo se saliese, ansioso de su aparicion.

Pero era el caso que Giazul no se le aparecia nunca, y desesperábase cuando alguna noche algun guarda del adarve iba á buscarle aturcido y le decia:

—¿No anhela vuesa merced ver á la mujer muerta? Pues á mí se me ha aparecido en el borde del derrumbadero y allí estaba cuando la guarda del adarve he dejado.

Acudia desolado Pero Cantueso de la Redondela.

Pero cuando llegaba, ya la fantasma habia desaparecido.

Habia llegado por este tiempo el dia de Navidad.

Alfonso VI se habia conformado con renun-

ciar á la hermosa doña Elvira, y el Cid se habia dado por satisfecho con la última penitencia impuesta á D. Pero Nuñez de Lara.

Pero el rey habia encontrado siempre pretexto para no llamar á su córte al capitan D. Pero Nuñez, y habia procurado que las bodas que ya no podian dilatarse, no se hiciesen en Toledo.

Doña Jimena clamaba y decia que alguna vez se habia de acabar aquello, que doña Elvira se ponía flaca y pálida, y tísica y que para ella no habia más remedio que juntarla con su marido; que aquello, en fin, era un cargo de conciencia y habia necesidad de llamar á D. Pero Nuñez del adelantamiento sobre la Andalucía donde con su escuadron de ginetes se encontraba.

En fin, que ella no queria tener más el cargo, de aquella doncella casada que no hacia más que llorar, y que cada vez que el capellan la leia, porque ella no sabia leer, una carta de su marido, se desmayaba.

El Cid, que tenia á su doña Jimena tan á raya como al rey y á la reina y á todo bicho viviente que á su lado estaba, decia que no sabia él que nadie se hubiese muerto de mal de amores, y que bien podia doña Elvira tener paciencia, y que los pecados que él sabia habia come-

tido D. Pero Nuñez, eran tan grandes, que él no los creía aun suficientemente castigados.

Y nadie se atrevía á preguntar al Cid cuáles eran aquellos enormes pecados del capitán D. Pero Nuñez.

Y aunque alguno se hubiera atrevido no hubiera dicho el Cid que el gran pecado que él en D. Pedro conocía, había sido el atreverse á la honestidad de la señora reina doña Constanza.

Pero como doña Jimena, aunque sometida al Cid era dura de pelar porque se parecía mucho á su marido, y clamaba continuamente porque la libertasen de aquel quebranto que sufría teniendo á su lado á la desmerelada y desesperada doña Elvira, el Cid, temeroso de que si comprimía mucho á su D^a Jimena, ésta se le rebelase, tomó el arbitrio de enviar á doña Elvira con su padre al castillo de la Mujer Muerta, que así se llamaba ya el de Alfagor.

Otrosí, creyéndose que el desdichado D. Sancho Gutierrez de Tordesillas podría ser un cebo para su hija, y que por este cebo, en espíritu ó en cuerpo se presentaría, habíase enviado también al castillo de Alfagor á D. Sancho Gutierrez de Tordesillas y se habían esparcido por las montañas en los lugares en que decían se aparecía la Mujer Muerta, algunos pergaminos es-

critos en arábigo, en los que el origen de Giazul se revelaba.

Al fin por este medio Giazul vino á saber, por que leer sabía, que ella no era mora sino de casualidad, que de padres cristianos venía, y conoció la desdicha de su padre, y supo que su padre estaba ciego y mudo y sin manos y viejo en la fortaleza de Alfagor.

Esto hizo más desventurada aún á Giazul, y puso á Abdel más en cuidado, porque Giazul le impelia y le obligaba, y pretendía presentarse á los reyes de Castilla y al Cid, y decirle: Yo soy la pobre hija de ese desventurado caballero que en el castillo de Alfagor se encuentra: de padres nobles y cristianos vengo: tened, pues, compasión de mí y acojedme bajo vuestro amparo.

Pero como si iba á la corte del rey D. Alfonso, Giazul debía saber la desesperación de sus amores por el casamiento de su enamorado con la hermosa hija del alcaide del castillo, Abdel hacía cuanto estaba en sus posibles, porque Giazul á la corte no fuese y con pretextos la entretenía y la engañaba.

Al fin, por las repetidas solicitudes del padre de doña Elvira, que no estaba loco sino en lo tocante á sus amores por Giazul, el Cid se dió por

satisfecho con la penitencia sufrida por Don Pero Nuñez de Lara, mandóle ir á Toledo, y de allí le mandó se fuese al castillo de Alfagor y que allí celebrase sus bodas, y despues sin pretexto ni disculpa alguna se fuese á vivir á la ciudad de Búrgos de donde era natural y donde tenia hacienda.

Partió pues, de Toledo para Guaderrama D. Pero Nuñez con cuatro de sus escuderos el dia de Noche-Buena, y como sabia lo que se contaba de la Mujer Muerta de Alfagor, y sabia que ella era Giazul, y por otra parte le aguijaba el deseo de ver á su esposa, caminó derechamente sin detenerse más que para comer y dar pienso.

Llegó la noche sin que el camino hubiese acabado; ántes bien, faltaba hasta muy más allá de la media noche.

En fin, cuando ésta era ya vencida, D. Pero Nuñez y sus escuderos trepaban por aquel mismo barranco donde mucho tiempo ántes se detuvieron la noche que fueron á tomar por sorpresa el castillo de Alfagor.

Así, yendo delante D. Pero Nuñez, y no de prisa por que lo ágrio y pedregoso del sendero no se lo permitia, encabritósele de improviso el caballo y piafó receloso y resistió el freno.

Acudió D. Pero Nuñez á ver lo que fuese lo que de tal manera á su caballo asombraba y encontróse delante de sí á poca distancia sobre una peña, y alumbrada por la luz de un relámpago, que ya hemos dicho al principio que la noche era de gran tempestad, una blanca y gentil figura junto á la cual habia otra figura negra y covada.

Pero esta aventura requiere capítulo aparte.